

VARIOS

**SEMINARIO INTERNACIONAL DE HISTORIOGRAFÍA
COLOMBIANA**

DISCURSO INAUGURAL

2 de agosto de 1993

Medófilo Medina

*Director, Area Curricular de Historia
Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia*

Dr. Antanas Mockus Sivickas, Rector de la Universidad Nacional, **Dra. Rocío Londoño**, Decana Facultad de Ciencias Humanas, **Dr. Jaime Niño**, Director del Icetex, **Dr. Clemente Forero**, Director de Colciencias, **Dra. Camila Botero**, Presidenta de la Fundación Angel Escobar y **Dr. Marco Palacios**, Ex-Rector de la Universidad Nacional.

El Seminario de Historiografía que hoy iniciamos es el resultado de diferentes inquietudes e iniciativas que surgieron en momentos distintos y que entraron luego en un mismo cauce.

La primera de ellas fue la de realizar una reunión o seminario que permitiera estrechar la cooperación académica e institucional entre los historiadores colombianos con aquellos que en otros países han tomado la historia colombiana como el objeto de sus investigaciones.

La segunda iniciativa fue la propuesta de Oscar Rodríguez sobre la realización, por parte de los profesores del Departamento de Historia de la Universidad Nacional (sede de Bogotá), de un seminario que cubriera el análisis de los temas y períodos más importantes de la historiografía sobre Colombia. Los resultados avanzados, aunque aún parciales, de esa investigación colectiva coordinada por Bernardo Tovar, constituyen uno de los núcleos de las discusiones que se realizarán durante el seminario. A primera vista lo que se

advierte es el incremento del número de publicaciones y la paulatina elevación de la calidad de la producción lograda durante los últimos treinta años. Ese marco de referencia destaca el papel jugado por la investigación universitaria.

Treinta años. Ese es también el número de aniversario de la aparición del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. El *Anuario* se creó por el mismo tiempo en que se establecía el campo para la formación profesional de historiadores en la Universidad Nacional. Por ello, al organizar el seminario, los profesores del Departamento de Historia nos sentíamos como cumpliendo una responsabilidad indelegable de reflexión sobre un proceso que en apreciable medida se inició en la institución con la cual tenemos nuestro más permanente compromiso intelectual. Desde esa perspectiva los debates que en estos días se realizarán, constituyen una especie de homenaje al Profesor Jaime Jaramillo Uribe. Su obra de investigador, su papel decisivo en la organización de los estudios universitarios de Historia, su función de maestro en relación con buena parte de la comunidad actual de historiadores, son títulos que vinculan su nombre a la suerte misma de la disciplina en nuestro país.

El tercer tipo de inquietudes que animaron la preparación del seminario es el proyecto de creación del Doctorado en Historia. Existen premisas que con realismo permiten plantear tal empeño. Desde finales de los años ochenta, un considerable número de investigadores ha culminado sus estudios de maestría en los programas existentes a ese nivel en la Universidad Nacional, en la Universidad del Valle, en la U.P.T.C. y en la Universidad Javeriana. Estos egresados, así como los de otras áreas que tengan título de pregrado en Historia, son el grupo potencial en el que se encuentran los candidatos para el doctorado.

Si bien es cierto que aún debemos recorrer un trecho en las discusiones que nos permitan llegar a un diseño del programa y al logro de algunas condiciones imprescindibles para su apertura, ya hemos identificado claramente algunos objetivos. A guisa de ejemplo mencionaré algunos.

La superación de cierta insularidad —“ensimismamiento” la llamó Germán Colmenares— que caracteriza a la historiografía nacional. Con un

cierto tono irónico algunos de nuestros colegas extranjeros han llamado la atención sobre la tendencia de las ciencias sociales colombianas a señalar como peculiares ciertas condiciones que el país comparte con otros del continente y de fuera de él. A veces el “particularismo” asume en el análisis el rango de principio metodológico, no como resultado del contraste documentado sino como función del débil conocimiento de otros procesos históricos. Por ese camino, paradójicamente se pierden de vista otros rasgos realmente diferenciados de nuestra parábola histórica.

Abrir ventanas por donde entre el aire de otras experiencias, derribar barreras que impiden otear vastos paisajes, es el desideratum de la propuesta. Ella tiene sentido no en desmedro de nuestra perspectiva nacional sino en la búsqueda de su más amplia inserción. No parece una actitud muy constructiva que, al verse debilitadas confrontaciones que se proyectaron sobre escenarios planetarios, nos empecinemos ahora de manera ciega en la edificación de los nuevos altares a los dioses de la tribu.

Un programa de doctorado deberá contribuir al aumento del espíritu crítico. Un estudiante de historia desde las primeras clases recibe la invitación al estudio y aprendizaje de la llamada crítica de las fuentes, sean éstas escritas, orales o iconográficas. Esa actitud de la duda metódica no puede quedarse en la condición de ejercicio técnico, sino que debe informar el análisis de los procesos que se estudian o de las realidades que se viven. Quizá es aquí donde la historia está llamada a ejercer su más profunda influencia en el conjunto de las ciencias sociales.

La creación de un doctorado en historia, como en cualquier otra área del conocimiento, debe contribuir a la creación de estímulos, gratificación y reconocimiento de los pares que permitan que el trabajo intelectual esté en condiciones de superar los atractivos provenientes de otras esferas de la actividad humana. En 1944 el escritor Juan Lozano y Lozano señalaba: “Sucede que en nuestro país la sola actividad intelectual es la política y a ella vamos todos los que hubiésemos preferido una carrera humanística”. Quizá hoy los desafíos se han diversificado, pero persisten. Desde luego no se trata de una actitud de desdén hacia la relación entre investigadores e intelectuales, por un lado, y políticos, por el otro. Se trata más bien del

reclamo por un intercambio más complejo que la simple sustitución de unos por otros. En todo caso lo deseable es el incremento del número y la calidad de quienes hacen de la investigación, la docencia y el quehacer intelectual su perspectiva existencial, en condiciones de plena libertad. No quisiéramos comprometernos en la búsqueda de un santoral para historiadores, pero tal vez sea útil recordar hoy al respecto la celosa vigilancia de autonomía intelectual unida a una altísima solvencia profesional que fueron características fundamentales en la vida del historiador Germán Colmenares.

Para terminar estas palabras, quisiera expresar a nombre de los profesores del departamento de historia y de su director Abel López nuestro reconocimiento a las directivas de la Universidad Nacional por su múltiple y sostenido apoyo a la preparación del seminario. El estímulo a eventos como el que hoy iniciamos no sorprende, dado que ellos coinciden con líneas que hoy son parte de la política universitaria. El entusiasmo con que Rocío Londoño, Decana de la Facultad de Ciencias Humanas, acogió el seminario y la actividad personal que desarrolló, fueron factor clave para que hoy podamos iniciar nuestro trabajo bajo buenos augurios.

Agradecemos a las entidades que contribuyeron con su ayuda financiera, como la Fundación Angel Escobar, el Fondo para la Promoción de la Cultura del Banco Popular, la Fundación Santillana, COLCIENCIAS, CINDEC, ICFES, ICETEX, la Fundación FULBRIGHT. Estimula saber que determinadas iniciativas académicas no se ahogan por carencia de medios económicos.

Vaya también nuestro cálido reconocimiento de colegas a los historiadores de otros países que respondieron a la invitación para participar en la controversia historiográfica. Y nuestros agradecimientos a todas las personas que decidieron tomar parte en el seminario. Algunos vinieron de otras ciudades, muchas veces después de luchar por el apoyo de sus instituciones o afrontando un cierto sacrificio personal. Su nutrida inscripción es el mejor estímulo para los expositores y organizadores del seminario.

Un reconocimiento muy particular por el infatigable e inteligente trabajo en sucesivas etapas desplegado por Juan Carlos Salazar y Ana Luz Rodríguez, estudiantes del Postgrado de Historia.

No nos faltó el optimismo juvenil de un grupo de estudiantes del pregrado de historia quienes han contribuido con eficacia en el trabajo. Finalmente, gracias a doña Consuelo Torres, asistente administrativa de la Facultad, lo mismo que a Matilde y Martha, secretarias del postgrado y del departamento que trabajaron durante jornadas agotadoras. Hasta aquí está comprometido el trabajo de muchos que constituye una especie de garantía de un fructífero desarrollo del Seminario Internacional de Historiografía.